

MANUEL ÍTALO SEDERINO



Por Julieta Ruiz Díaz

La gente que uno quiere no se va nunca. Manuel Ítalo Sederino, “El Tulo”, el Doctor para muchos, es una de esas personas queridas que nunca vamos a olvidar.

Voy a hablar en presente, porque para estos momentos no me gusta usar el pasado.

Abuso de los años de conocerlo, y les cuento que El Tulo, es un nombre que suena y resuena en mi cabeza y en mi vida desde siempre. Por los recuerdos llenos de amor hacia él, por parte de mi mamá- la Beba- como él le decía, al igual que todos los del barrio. Ese barrio que de chica yo pensaba que era grande y no. Se resume a la calle Agustín Delgado y sus dos o tres cuadras, máximo, alrededor. “La conejera”, porque en el callejón tranquilo, jugaban muchos chicos. Hoy siguen jugando, pero, lamentablemente con más cuidados.

Durante muchos años, hace 60 o más, todos los febreros festejaban inocentemente el carnaval: se disfrazaban, había que adivinar quién era quién y- si mi memoria no me falla- elegían a la reina.

El tiempo fue pasando, cada uno fue haciendo su vida, pero El Tulo nunca dejó de estar presente. No solo en conversaciones. En muchos momentos, y no precisamente fáciles.

Todos sabemos que era Médico Radiólogo. Ahora llaman a la profesión Especialista en Diagnóstico por Imágenes, si no me equivoco. Pero él decía que era Médico, y que era Radiólogo.

¡Y qué medicazo! Un ejemplo de lo que es el amor a la medicina y a la gente. Puso mucho en juego al instalar su instituto. Muchísimo.

Como dije antes, más de una vez lo necesité, y verlo entrar en la sala de rayos o de eco, o llevarle estudios, era un bálsamo de seguridad y de paz. Me acompañó en momentos muy duros. Por supuesto, es un médico extraordinario; pero ese don de gente, esa humildad y ese desinterés, no se aprende en la facultad. O mejor dicho quizás, él es- en actos- el bellissimo juramento de Hipócrates.

La vida, las casualidades que no existen, hizo que hace unos años tuviera la felicidad de cruzarme con su hija Valeria. La misma buena cepa que él, un sol. Y Valeria me ayudó, desde su lugar y su profesión, tanto como su papá.

Gracias Tulo, en nombre de todos los pacientes a los que ayudaste desinteresadamente (sé que hubieras podido ser un hombre rico y no sacaste provecho) y gracias de corazón por tu presencia, tu consejo médico acertado, sensato y, por todo.

Gracias por ir ese día que no tenías que ir al instituto, solamente a sentarte a mi lado, mientras una especialista de tu confianza le hacía una ecografía complicada a mi hijo, mientras vos me tenías la mano sin decir una palabra. Y después, a solas, me dijiste: somos muchos los que vamos a trabajar para que tu hijo se cure, te lo prometo. Y así fue. Y así sos con cada paciente.

Nuevamente gracias por todo lo has hecho, por todo lo que has dado, por la cantidad de gente que has formado y por todos los pacientes a los que ayudas. Abrazo infinito. Y repito, en presente, Siempre Presente.